

ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA



La fruta de Eva

Ayuntamiento de Madrid

SUSCRICION

Núm. 15

Año I

NÚMEROS SUELTOS

Semestre... 3 Ptas.
Año... 5'50 id.

Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.

ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 16 Diciembre 1886

10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados.De venta en las librerías,
kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Núm. suelto 10 cént. de peseta

* Núm. suelto 10 cent. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

¡YO ME RIO...!

Escéptico y malicioso como soy, tomo el mundo y la vida que en él se arrastra á cosa de chunga, y así como á otros de pena, á mí me sirven de regocijo las jugarretas, las ambiciones y las vanidades de los hombres. Como estoy convencido de que ni las elegías mejor cantadas, ni las sátiras más furibundas, ni los apóstrofes más virulentos han de enderezar los pasos de esa humanidad que anda dando tumbos por el espacio, dejo á los Heráclitos que se den el mal rato de llorar los desvaríos sociales, y nuevo Demócrito me doy un atracón de risa presenciando las miserias que á cada momento se descubren, con lo cual logro no hacerme pesado á nadie, y libre de todo empacho solazarme á maravilla.

Oigo á veces decir á un vecino: «Fulano es un bribón. Mire V.: ha pretendido seducir á mi mujer. En cuanto tope con el le descalabro.» Y yo me río, porque sé que el tal vecinito, desde hace más de diez años, no se dedica á otra cosa que ir á salto de mata acechando los cercados ajenos.

—«¡Oh, qué infamial!—grita un militar.—No he visto otra igual en mis años. Quince llevo de capitán en infantería sin haber podido conseguir el grado de comandante. Y ese mozalvete de Sanchez aún no hace un lustro que salió del colegio de Sigüenza, y ahí lo tienen ustedes teniente coronel; y todo porque le protege la marquesa H, amiga del ministro C.»

Y también me río yo, porque me consta que el bueno del capitán debe su grado á un *pronunciamento*, y luego procuró interesar á la condesa R para que el banquero P influyese en su ascenso cerca del ministro F.

—«Está perdido el mundo!—exclama uno.—Han de entender ustedes que un amigo á quien le fié el secreto de un negocio me ha vendido; aprovechándose de las ganancias que yo esperaba y embolsándose los cuartos que le ha proporcionado su traición. me ha privado con este criminal abuso de confianza del último recurso que me quedaba para asegurar mi porvenir.»

Y otra vez me río aquí, porque tengo noticias de que la tal víctima trataba de hacer el negocio especulando con la candidez de un *primo*.

—¡Qué desgraciado soy!—prorrumpe un tendero.—Se quemó mi casa, y con ella he perdido los ahorros de toda mi vida.»

El caso es fuerte si los hay; pero no lo puedo remediar; también me río grandemente; porque según datos que poseo el tal propietario desconsolado adquirió la finca con el dinero que benefició vendiendo aceite de sésamo por aceite de olivo, y poniendo una onza de plomo debajo de la balanza con que pesa el arroz.

—«¡Ay, que se murió mi padre!—solloza quien yo sé, que no esperaba otra cosa para darse vida regalona.—«¡Ay, que se murió mi esposa!—ahullá el que entre una y otra costilla diariamente le repartía veinticinco palos, ó aquel otro que enfrascado con una bailarina estuvo catorce años sin preguntar: mujer mía, ¿que me quieres?»

—«¡Ese usurero del lado es un tunante sin entrañas! porque he dejado trascurrir dos meses sin pagarle un debitorio que le firmé, me ha puesto un juicio ejecutivo que me arruina. ¡Como si el bribón necesitase de mi dinero para cenar!» Así vocifera uno que aquella misma mañana echó del cuarto piso de su casa á una viuda con cinco hijos menores, porque no le había satisfecho con puntualidad las trece pesetas que por un mes de inquilinato la pobre mujer le debe.

¿Cómo pues, no he de reirme de todas esas jeremiadas si estoy plenamente convencido de que en este mundo, cual más, cual menos, todos se quejan de no poder llevarse entre los dedos tiritas de la piel del prójimo?

JUDAS TADEO

HISTORIA DE UNA PASION

POR

Pedro Huguet y Campaña

(Continuación)

XIII

En la coronada villa casi un mes de permanencia llevaba ya, y la esperanza de hallar á mi amada prenda tras tanta pesquisa inútil empezaba, por mi adversa suerte, á caer en desmayo que sembraba en mi conciencia de atroz desesperación las silenciosas tormentas.

Una tarde más que nunca me embargaba la tristeza, y anhelante de consuelo, entré en una hermosa iglesia. Crucé su nave buscando

de la Virgen mas escelsa
el altar, cuando el confuso
rumor de la gente inquieta
que por allí discurría,
y las mil galas diversas
que la capilla adornaban
con desusada riqueza,
me dieron claros anuncios
de solemnisima fiesta.
Huyendo de aquel boato,
contrariado en mis ideas,
en el rincon más oscuro
puse la rodilla en tierra.

Quise rezar, más no pude...
guirnaldas de rosas frescas
en torno el altar lazadas;
filas de nevadas velas
en dorados candelabros
como una sarta de estrellas;
damascos blancos y azules
en las pilastras severas,
y en el nicho guarnecido
con festones de azucenas,
la Virgen con su corona
enjoyecida de piedras
y su manto azul celeste
bordado de oro y de perlas,
llenaron mi fantasía
de mil estrañas quimeras.

En vano sacudir quiso
aquel vagar mi cabeza;
en vano á la Virgen Madre
intente contar mis penas.
Pesadilla irresistible
al fin me rindió; en la hueca
estría de una pilastra
la frente apoyé sin fuerzas,
y en tanto bullía el ruido
de la gente placentera,
que yo percibía como
el zumbir de una colmena.
Ante mis ojos velados
por la ingrata somnolencia,
de una procesión de sombras
creía ver las siluetas.
No acertaba adivinar
si estaba el alma despierta,
si vagaba en las regiones
de alucinación ascética,
ni tenía de mi cuerpo
la más remota conciencia.

De pronto en mi fantasía
aparición hechicera,
cual acudiendo á un conjuro,
pintóse con lumbre densa.
Cefida con nimbo de oro
entre vaporosas nieblas
me figuré ver de Luisa
la imagen blanca y serena.
Estático la miraba,
y ella á mí apenada y tierna
con aquellos ojos claros
que hasta el corazón penetran.
No sé; no sé cuanto tiempo
permanecí siendo presa
de aquel divino espegismo
que me envolvía en la espesa
atmósfera de una dicha
que ni aún el ángel la sueña.

Pero sonó de improviso
allá en el coro la orquesta,
y con movimiento brusco
torné á la realidad fiera.

En círculos apretados
formando muralla gruesa
llenaba la ancha capilla
una multitud atenta.

Como si de allí partiese
potente atracción magnética
que me arrastrase cautivos
los sentidos y potencias,
me acerqué inconscientemente
hasta la dorada verja.
Vi un anciano sacerdote
delante la santa mesa;
oí luego una pregunta;
noté una pausa, y tras ella
cual el soplo de un suspiro,
cual el volar de una queja,
un *si* lastimero, débil,
que me hirió como saeta....

¡Eterno Dios! ¡que escucho!
no advierto donde estoy,
con la multitud lucho
y ciego al altar voy.
No hay nada que me asombre!
Al fin alcanzo ver
á una mujer y á un hombre,
y, ¡es *ella* la mujer!!

—«Luisa! Luisa!!!» con ahogado acento
que rasgó como hierro mis entrañas
esclamé; sentí frío en mis arterias,
noche en los ojos, en la frente brasas,
y como mole de un peñón caída
rodé de golpe en las baldosas anchas,
llevando en mis oídos el amargo
lamentar de una voz desesperada.

Cuando recobré el sentido
tendido me hallé en un lecho,
como quien despierta al cabo
tras de un fatigoso sueño.
Ví rostros no conocidos,
encontré estraño aquel techo,
y despues de dudar mucho
si estaba en verdad despierto,
ó si seguía soñando,
esclamé:—Dónde me encuentro?
A mi pregunta solícito
me contestó un enfermero,
que en el Hospital me hallaba.
—Desde cuando? —Hace ya medio
mes.—Y como pudo ser?
—Le acometió á V. en el templo
un ataque cerebral,
que le dejó como muerto;
y como nadie sabía
su casa, aquí le trajeron.
—En el templo? —Si, señor!
—Jesús! de nada me acuerdo.
—Es cosa muy natural.
—Y bien, que opinan los médicos?
—Pasado ya el gran peligro,
si V. sabe estarse quieto,
es cosa de pocos días
volver á encontrarse bueno.

(Se continuará)

MISCELANEA

Al confesar una muchacha un pecado que no debía
ser muy limpio, lo hacía con tales rodeos y tan confu-
samente, que, cansado el padre de ver que no la com-
prendía bien, le dijo que se expresara con lisura y cla-
ridad.

—No me atrevo,—respondió la penitente.

—Pues tenga V. la resolución de decir el pecado, así
como la tuvo para hacerlo,—replicó el confesor.

A lo que contestó ella:

—Es que, padre mío, hay mucha diferencia de hacer-
lo á decirlo.



El brindis

Ayuntamiento de Madrid

Disputaban un médico y un militar.

—V. es un mata sanos! exclamó en el calor de la disputa el hijo de Marte.

—No; replicó el galeno: el mata sanos es V. general; yo en todo caso no soy más que un mata enfermos.

* *

A D. Andrés Carrillo, gerente de la casa «Andrés Carrillo y Comp.^a», le nació un hijo, y habiéndole llevado á bautizar, el cura, al extender el acta, preguntó: —¿El nombre del padre del niño? El bueno de don Andrés, acostumbrado hacía más de diez años á no usar otra firma que la de la razón social de su gerencia, contestó con la mayor gravedad:

—Andrés Carrillo y Compañía.

EPÍGRAMAS

Cuando la beata Justa dice: «Yo nunca he querido tener novio, ni marido, porque á mí un hombre me asusta», miente la vieja doncella, pues si guarda castidad es porque, á decir verdad, los hombres se asustan de ella.

Ciego, asmático y pelón, sufría Marcos, de suerte que á Dios pedía la muerte con todo su corazón. Para remediar sus daños mendigaba el otro día, y oí que uno le decía, «¡Hijo, viva V. mil años!»

NUESTRAS LAMINAS

LA FRUTA DE EVA

(Obra del distinguido maestro Sr. Martí y Alsina)

No os seduzca la belleza de la manzana, ni la incitante gracia con que os la presenta la hermosísima joven. No hay fruta tan indigesta como esta fruta; y sino, recordemos al padre Adán á quien tal revolcón dió la malhadada manzana, que aun hoy venimos nosotros purgando sin culpa alguna las consecuencias de aquella indigestión. Por esto cuando veamos una mujer linda que nos ofrezca una manzana, pensemos que se trata de renovar la escena del Paraíso, y digamos: «¡Vade retro!»

LA SEDUCCIÓN

La lujuria, que tiene cara de vieja porque es una bruja que cuenta tantos años como el mundo, sabiendo que no puede agradar por su fealdad, procura arrastrar hácia sí la afición de las bellas, deslumbrándolas con el brillo del oro y los diamantes. ¡Infeliz de la que fija la vista y la entretiene en esas joyas seductoras, cuyas piedras fascinan como los ojos de las serpientes! La que tal haga correrá como sonámbula por los caminos de la perdición, y sólo despertará cuando las espinas del dolor destrozándole los pies, no le dejen fuerzas para retroceder.

BRINDIS

Cuadro de Tito Conto.

Nuestro precioso dibujo representa una bodega muy bien provista, en la cual soldados antiguos de guarnición disfrutaban alegremente de las delicias de Baco. La copa en la mano, los protagonistas dirigen hacia el músico cantor que desternillándose de risa aplaude las palabras del brindis.

La escena es animadísima y nuestros lectores gozarán de los pormenores de tan artística obra, examinándola detenidamente.

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje.

LA MUERTE DE UN TIRANO

(Páginas del Proceso del Despotismo)

(Continuación)

NERON. —¡Ingrata y vill! ¡Qué mal ha correspondido á mi amor! Cuando á los diez y siete años en el campo pe los pretorianos el ejército me proclamó sucesor de

Claudio, y los padres conscriptos reconociendo mi divino origen, pusieron sus labios en mis sandalias, y los destinos del mundo en mis manos, juré hacerme digno de la majestad con que se me investía, y velar por la salud del pueblo. Roma aceptó con loca alegría aquel juramento, y mandó grabar mi arenga en láminas de plata. ¿Acaso no he cumplido con creces mi promesa? ¿De qué puede reprocharme Roma? Yo en brillante apoteosis que recordaba la ascensión de Rómulo á la morada de los dioses, elevé envuelta en aromáticas nubes de incienso, el alma de Claudio al eterno Olimpo. Yo regué todos los días con sangre de blancos toros y corderos, las aras de nuestras deidades protectoras, y entregué la carne de las víctimas á la hambrienta plebe. Yo, donde había cenagosas lagunas estendí jardines olorosos. Yo fabliqué teatros, donde había cuevas; naumaquias donde había breñas. Yo glorifiqué á los artífices, y enriquecí á los pretorianos distribuyéndoles el oro á manos llenas, y fundando para ellos la próspera y divitísima colonia de Actium. Yo humillé los soberbios patricios, y levanté á los plebeyos. Yo, á ejemplo del divino Augusto, disminuí los impuestos que devoraban la propiedad. Yo reprimí la audacia de aquellos que tenían por oficio delatar las transgresiones de la ley Papia. Yo mandé distribuir cuatrocientos sextercios á cada ciudadano, y señalé una pensión anual de quinientos sextercios á cada Senador pobre, y repartí todos los años á las cohortes del Pretorio trigo en cantidad suficiente para mantenerse durante un mes. Neron fué, quien escediendo en liberalidad y en magnificencia á cuantos cónsules y emperadores Roma ha ensalzado, jamás recorrió las calles de su querida ciudad, que desde su litera de marfil y plata no arrojase al pueblo gruesos puñados de billetes, en cada uno de los cuales regalaba modios de trigo, ó pájaros raros, finos vestidos, joyas de oro, cuadros, jarrones etruscos, colmillos de elefante, esclavos, tigres, caballos, campos y quintas. Para agradar al pueblo construí el Anfiteatro, é hice que de una vez en él se despedazasen miles y miles de leones y panteras, y luchasen desnudos empuñando la corta y ancha espada del gladiador, cuatrocientos senadores y seiscientos ilustres caballeros, mientras sutil lluvia de embriagadoras esencias rociaba las estensas graderías festoneadas con encendidas rosas de Poestum. En nave de oro y marfil con velas de púrpura y remos de plata, me vió surcar las aguas del Tiber en compañía de los más alegres patricios y de los más gallardos mancebos, el pueblo que á lo largo de la ribera encontraba tiendas dentro las cuales reía Baco y enamoraba Venus. En la Vía Sacra todavía brilla el oro en polvo, y alatean las hojas de rosa, y flotan las nubes de perfume, y gorguean los ruiseñores que esparcí cuando vestido con toga purpúrea y manto sembrado de estrellas, ceñido la frente con el laurel olímpico, y ostentando en la mano derecha el de los juegos píticos, me dirijí al templo de Apolo Palatino, sobre las ruinas del Circo Máximo y el Foro, para depositar á los pies del Dios las trescientas coronas que gané en Grecia, en la tierra de la luz y de la armonía, compitiendo victorioso en el canto y en la carrera bajo las encinas de Dodona, bajo las palmas de Corinto y bajo los plátanos de Elis, con los hijos de Pindaro y de Teron. Con paños de lino y hojas de rosa envolvía mi garganta, con miel del Himeto humedecí mis labios, y con una plancha de plomo oprimía durante el sueño mi pecho, sólo para conservar fresca y pura la voz que consagré á las delicias de mis pueblos; mi voz, tan armoniosa cual jamás otra alguna resonó en los aires desde que Apolo remontó al Olimpo. ¿Quién al son de la lira tebana supo con mayor dulzura recitar versos homéricos, ni acertó en las tablas del teatro á dibujar más artísticas pantomimas? ¡Ah, Roma, Roma, que tanto halagué! ¿Por qué me persiguiste? Díte suntuosas thermas de mármol griego, y divertí tus noches con interminables fiestas en las que el Falerno corría á torrentes, las alas vibraban heridas por los suaves dedos de mis esclavas gaditanas, y el placer gemía lánguida

mente en los brazos del amor. Porque, oh ciudad, te has hecho nido de víboras para quien te cubrió de gloria? Yo soy, yo soy aquel Neron que de un puntapié hizo rodar en la tribuna de las arengas la corona de Armenia que ceñía el soberbio Tiridates; yo soy aquel Neron que considerando indigno de tu grandeza el cerco de tus estrechas y viejas murallas, quiso cambiarlas por un brazo de mar que desde Ostia viniese á rodearte como un ceñidor de plata; yo soy aquel Neron que amigo de tu sosiego dictó leyes para que el estruendo de los carros no desvelase tu sueño; para que la Curia no te atormentase con el embrollado procedimiento de los antiguos litigios; para que los vendedores no envenenasen tu estómago con malos alimentos; y para que la guerra no perturbase uno solo de tus alegres días. Colgué del templo de Jano la lanza quirina, y con la cítara de siete cuerdas que me enseñó á pulsar el divino Terpnus, cantando las desgracias de Niobe, el heroísmo de Hector, y la tragedia de Edipo, logré más altas conquistas que tus feroces héroes, dados sólo á desconcertar la armonía de la vida y á afeár la hermosura de la naturaleza. Y sin embargo, Roma, me abandonas! ¡Dioses! Dioses que tanto veneré: ¿por qué os hacéis cómplices de tamaña perfidia? Júpiter, á tí dedique el primer bozo de mi barba, deponiéndolo al pié de tu ara, cerrado en bola de oro; á tí ofreci mis lauros de Acaya: ¡vengame! Apolo yo te canté en latinos versos, y perfumé tus altares; acude á mi auxilio! ¡Venus; de Casiope te traje corderos más blancos que la nieve alpestre, y de Nápoles flores más perfumadas que los labios de tu Adonis; socórreme! ¡Oh, dioses! Dioses, por quiénes velé tulminando mis iras contra los que ofendían vuestro honor! El Circo Máximo empapado en sangre judía que todo el minio arrojado sobre ella no basta á borrar, y mis jardines de la *Casa Dorada*, donde aún en los árboles quedan calcinados restos de los embreados cuerpos de los cristianos que sirvieron de antorcha para alumbrar las noches en que, rebosando inspiración, bañado de aromas, cubierto de pedrería, al son del celeste canto celebraba vuestra gloria, proclaman cuanto os amó Neron en su fortuna. ¿Por qué, pues, os encuentro sordos á mi desgracia? ¡Ah, no hay sobre la tierra, ni en lo alto del cielo hay quien comprenda lo que vale Neron!

FAON.—César, cálmate; no muerdas así la almohada. Demente pareces.

NERON.—¿Me acriminas, Faon? ¿Tú ingrato también, liberto mío? Porque no empuño la crátera etrusca donde hacías espumar el vino de Cirenaica, ni puedo con una sonrisa derribar la cabeza de tus hombros, me desprecias? ¡Vil mesenio, déjame! Y ven tú, Sporus, mi amado Sporus; tú, mi hermoso mutilado con quien me desposé cuando me aburrieron las frías caricias de las vestales. Ven, reanímame con el calor de tus besos.

SPORUS.—Pedazos de hielo tengo en el pecho. El terror me mata.

NERON.—¿Lloras? ¡Oh! ¡mi tierna esposa llora! ¡Cielos! ¡no encuentro quien sepa consolarme! Tú, esclavo escita, forzado retinario, acércate y dime: ¿por qué estás triste?

ESCLAVO.—Porque ya no imperas en Roma.

NERON.—¿Tanto me amas?

ESCLAVO.—Sí, porque me vengas.

NERON.—¿Crees que soy un gran César?

ESCLAVO.—Creo que eres un monstruo. Por eso me apena tu ruina.

FAON.—(Con acento de amenaza). ¡Escita!

NERON.—Déjale, Faon. Quiero oír la verdad de sus labios. Veamos cuáles son mis crímenes. Esclavo, acúsame.

ESCLAVO.—Cometiste fratricidio atosigando á Británico con los brevajes de la vieja Locusta.

NERON.—Conspiraba contra mi imperio. Fuí benigno.

ESCLAVO.—Hiciste abrir con un puñal el vientre de Agripina.

NERON.—Envenené á su esposo; se prostituyó púb-

blicamente; quiso cohabitar conmigo; tramó conjuración contra mi vida.

ESCLAVO.—Era tu madre.

NERON.—Era un enemigo de Roma. Mi madre es Roma.

ESCLAVO.—Desgarraste las venas de Séneca, tu sabio preceptor, y de Burrho, tu amigo.

NERON.—Libré á la humanidad de dos hipócritas.

ESCLAVO.—Mataste á Lucano, el gran poeta, y á Petronio, el insignie escritor.

NERON.—Maté á unos maldicientes.

ESCLAVO.—Ahogaste á Pison, á Ruberio, á Vestino; desangraste á Thraceas, á Corbulon, á Laterano, á Subrio...

NERON.—Rapaz usurero el uno; traidor el otro: todos enemigos del pueblo romano y de mi vida.

ESCLAVO.—¿Y cómo justificarás la muerte de tu esposa Octavia por la cual lograste el cesáreo laurel?

NERON.—Manchó mi talamo.

ESCLAVO.—Tú lo manchaste con Popea, y, sin embargo de amarla, la reventaste á patadas.

NERON.—De su preñez, no de mis golpes fué culpa el morir. Me irritó. ¿Acaso la cólera es negada á los dioses?

ESCLAVO.—¿Y los cuatrocientos esclavos degollados en el vestibulo del palacio de Telario?

NERON.—La ley les condenó. Su señor apareció una mañana acibullado de heridas. Debían morir.

ESCLAVO.—Profanaste las vestales; dormiste con las estatuas de las diosas; cambiaste el sexo á Pitágoras y á ese joven Sporus que ahí tiembla despavorido; te cubriste con pieles de bestia para gustar el brutal deleite de Pasifac, te entregaste á merced de las abominaciones de Doriforo, tu marido; paseaste desnudo en tu carroza, rodeado de impúdicas meretrices, cantando eróticas estrofas...

NERON.—¿Y qué? De los dioses lo aprendí. ¿Acaso todos los hombres no gustarían estos placeres si pudiesen? No fui hipócrita; ¿esto es un crimen? En no ser hipócrita, sólo en esto, me diferencié de mis censores. Sigue.

ESCLAVO.—Confiscaste los bienes de los patricios para enriquecer al artista Menecrates; al mirimilón Espicilus y al cómico Cercopitecus.

NERON.—Hábiles artistas, más útiles á Roma que las espadas de los pretorianos siempre codiciosos. Avaro estuve con ellos. Sigue, sigue.

ESCLAVO.—Disipaste los tesoros del imperio, jugando diez mil escudos á cada vuelta de dado; herrando con herraduras de plata y clavos de oro tus cal allos, á los cuales echabas avena dorada en sus pesebres de pórfido; tiñendo de escarlata las redes de lino de Canusa con que en tus ceruleos estanques, rodeados de bruñidos jaspes, pescabas las lampreas que iban tus naves á buscar en los mares de Africa y Sicilia; arrojando cada día al fuego el vestido rociado de pedrería que habías llevado la vispera; levantando la *Casa Dorada*, cuyos pórticos inmensos, baños, cámaras, bosques y jardines, muestran en sus paredes, columnas, estatuas y surtidores los resplandores del oro, los matices del nacar-perla, las pálidas tintas del marfil, los centelleos del diamante, las diáfanas vetas del lapiz lázuli; enviando tus legiones á cazar tigres en Hircania para tus circos, á segar rosas en Alejandría para tus cúpulas y á recoger conchas múrices en las playas de Tiro para purpurar las gasas de tus prostitutas.

NERON.—Los tesoros que dices, esclavo, eran del pueblo romano, y al pueblo romano se los devolví en interminable fiesta. Agradecerse debe que, lejos de imitar al roñoso Tiberio, que en los sótanos de su palacio de Caprea dejaba enmohecer el oro, que con su peso hacia estallar las arcas de bronce, emplease las riquezas del imperio en ennoblecer la ciudad señora del mundo, y en hacerle gustar las delicias del arte. ¿Tienes más que recordarme?

PEDRO HUGUET Y CAMPAÑA

(Concluirá)



Seducción

Ayuntamiento de Madrid